El drama de una civilización que ha olvidado al Bien absoluto, ha relativizado la verdad y pretende construir un mundo sin su Creador

Imaginemos por un momento un mundo sin Dios.

No hablamos necesariamente de un mundo sin iglesias, sin crucifijos, sin sacerdotes o sin personas que recen. Imaginemos algo mucho más profundo: un mundo en el que Dios hubiera dejado de ser el fundamento de la existencia, la referencia última de la moral, la fuente de toda verdad y la medida definitiva de la justicia. Un mundo en el que el hombre ya no tuviera que responder ante nadie por encima de sí mismo.

¿Qué sucedería entonces?

¿Quién podría decirle al poderoso que sus decisiones son injustas? ¿Quién podría recordar al gobernante que su autoridad tiene límites? ¿Con qué fundamento podríamos afirmar que una acción es verdaderamente buena o mala, incluso cuando toda una sociedad la acepta o la rechaza? ¿Qué valor tendría la dignidad humana si dependiera exclusivamente de una decisión política, de una convención social o de la utilidad que cada persona representa?

Y, sobre todo, ¿qué quedaría del hombre cuando dejara de mirar hacia el cielo?

La pregunta no es simplemente filosófica. Es profundamente espiritual, moral y cultural. Afecta a la familia, a la educación, a la política, a la justicia, a la ciencia, a las relaciones humanas y al sentido mismo de nuestra existencia.

La tradición católica siempre ha enseñado que Dios no es un elemento accesorio de la vida humana, una especie de complemento religioso que podemos incorporar cuando nos convenga. **Dios es el fundamento de todo cuanto existe.** No es una necesidad psicológica inventada por el hombre, sino el Ser del que procede toda realidad y hacia el que se ordena toda criatura.

Por eso, un mundo que pretende vivir sin Dios no se limita a prescindir de una creencia religiosa. Corre el riesgo de perder el fundamento último que permite comprender quién es el hombre, por qué posee una dignidad inviolable, qué significa el bien y por qué la verdad merece ser defendida incluso cuando resulta incómoda.

La cuestión fundamental es esta: ¿puede el hombre convertirse en su propia medida sin

terminar convirtiéndose también en su propio juez, legislador y dueño?

1. Dios no es un añadido al mundo: es su fundamento

La primera equivocación al hablar de un mundo sin Dios consiste en imaginar que Dios es una realidad más entre otras, como si fuera posible retirar su presencia sin alterar nada esencial.

Pero el Dios de la fe católica no es una criatura poderosa que habita en algún lugar del universo. No es una fuerza más dentro de la naturaleza ni un ser que compite con el hombre por ocupar un espacio.

Dios es el Creador. Todo cuanto existe recibe de Él su ser.

El libro del Génesis comienza con una afirmación fundamental: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra» (Génesis 1,1).

Esta frase contiene una de las verdades más importantes de la fe cristiana: el universo no se explica a sí mismo en su fundamento último. La creación no es Dios, pero tampoco existe independientemente de Él.

San Pablo expresa esta dependencia radical cuando escribe:

«Porque en Él vivimos, nos movemos y existimos» (Hechos 17,28).

No se trata de afirmar que Dios solamente estuvo presente en el origen del universo y después se retiró, dejando que todo funcionara por sí solo. La doctrina católica enseña también la conservación de todas las cosas en el ser: Dios sostiene continuamente cuanto ha creado.

El Catecismo de la Iglesia Católica, en los números 301 y 302, explica que Dios no abandona su creación, sino que la conserva y la conduce hacia su perfección.

Esto tiene consecuencias enormes.

Si Dios es el fundamento de nuestra existencia, el hombre no es dueño absoluto de sí mismo. Es una criatura dotada de inteligencia, libertad y dignidad, pero no es su propio creador.

Su libertad es verdadera, pero no ilimitada. Su inteligencia es extraordinaria, pero no omnisciente. Su autoridad puede ser legítima, pero nunca absoluta.

El hombre es grande precisamente porque ha sido creado por Dios, no porque haya conseguido independizarse de Él.

Un mundo sin Dios, entendido como un proyecto de autonomía absoluta, comienza con una promesa aparentemente atractiva: el hombre será libre porque ya no tendrá que responder ante ninguna autoridad trascendente.

Pero esa promesa encierra una contradicción.

Si el hombre no reconoce ninguna verdad por encima de su voluntad, tampoco dispone de un fundamento último para limitar esa voluntad. Y cuando la voluntad se convierte en la medida de todas las cosas, la libertad corre el peligro de confundirse con el poder de imponer los propios deseos.

2. Un mundo sin Dios: ¿quién está por encima del poderoso?

Esta es quizá una de las preguntas más importantes de nuestro tiempo.

¿Qué puede detener al poderoso cuando ya no reconoce ninguna autoridad superior a sí mismo?

La historia humana está llena de ejemplos de personas e instituciones que han utilizado su poder para someter, explotar o destruir a otros seres humanos.

Por eso, las grandes tradiciones jurídicas y morales han intentado establecer límites a la autoridad. Sin embargo, desde la perspectiva cristiana existe una cuestión anterior a cualquier legislación: **ningún poder humano es absoluto porque solamente Dios posee la autoridad absoluta.**

El rey no está por encima de Dios. El gobernante no está por encima de Dios. El juez no está por encima de Dios. El rico, el influyente, el poderoso y el sabio tampoco.

Todos son criaturas. Todos están sometidos a la verdad y todos deberán responder por sus actos.

La Escritura presenta repetidamente esta realidad.

En el libro de Daniel encontramos una advertencia dirigida a Nabucodonosor, un rey poderoso que había olvidado que su autoridad no era independiente de Dios:

«El Altísimo domina sobre el reino de los hombres y lo entrega a quien quiere» (Daniel 4,29).

El mensaje es inequívoco: el poder político no constituye una soberanía absoluta.

También el Evangelio ofrece una enseñanza decisiva cuando Pilato interroga a Jesucristo. Ante la autoridad del gobernador romano, Jesús declara:

«No tendrías contra mí ningún poder, si no se te hubiera dado de lo alto» (Juan 19,11).

Cristo no está negando la existencia de las autoridades civiles ni afirmando que toda autoridad humana sea ilegítima. Está recordando que incluso el poder que pretende juzgarlo permanece subordinado a una realidad superior.

Esta verdad tiene una importancia extraordinaria.

Cuando una sociedad reconoce que existe una ley moral que no depende del gobernante, dispone de un criterio para juzgar también las leyes injustas.

Cuando reconoce que la dignidad humana procede de Dios, puede afirmar que ninguna mayoría tiene derecho a convertir a una persona inocente en un instrumento.

Cuando reconoce que el poder debe servir al bien común, puede denunciar su utilización para el beneficio particular de quienes lo ejercen.

Pero ¿qué sucede cuando el poder deja de reconocer cualquier límite moral objetivo?

No significa que automáticamente todos los gobernantes se conviertan en tiranos. Tampoco significa que una persona que no cree en Dios sea incapaz de actuar justamente.

Significa algo distinto y más profundo: **si se elimina toda referencia a una verdad moral superior, la sociedad necesita encontrar otros fundamentos para justificar sus límites, y corre el riesgo de hacer depender esos límites de acuerdos, intereses o relaciones de fuerza.**

Y los acuerdos humanos pueden cambiar.

Las leyes pueden modificarse. Las mayorías pueden equivocarse. Las instituciones pueden corromperse.

Lo que ayer se consideraba injusto puede convertirse mañana en legal. Lo que una

generación consideraba inaceptable puede ser presentado por la siguiente como un derecho.

La legalidad y la justicia no son necesariamente lo mismo.

Para el cristiano, una ley no se convierte en justa simplemente porque haya sido aprobada siguiendo un procedimiento legal. Debe respetar también la ley moral.

Por eso, el Catecismo de la Iglesia Católica, en el número 1902, enseña que la autoridad no obtiene su legitimidad moral de sí misma, sino que debe ejercerse dentro del orden moral.

Un mundo sin Dios puede conservar leyes, instituciones y tribunales. Lo que necesita explicar es de dónde procede, en último término, la obligación moral de obedecer una justicia que no puede reducirse a la voluntad de quienes tienen el poder.

3. Sin el Bien absoluto, ¿qué significa realmente ser bueno?

Vivimos en una época en la que se habla constantemente de valores.

Se habla de solidaridad, tolerancia, igualdad, respeto, libertad, empatía y convivencia. Son conceptos importantes y muchos de ellos expresan bienes humanos auténticos.

Sin embargo, existe una pregunta que rara vez se plantea: ¿qué convierte esos valores en verdaderamente buenos?

¿Son buenos porque la mayoría los acepta? ¿Porque resultan útiles para la convivencia? ¿Porque producen bienestar? ¿Porque una determinada cultura los considera deseables?

Si la bondad depende exclusivamente de nuestras preferencias, entonces deja de ser una realidad que debemos descubrir y respetar para convertirse en algo que podemos redefinir según nuestras conveniencias.

La fe católica sostiene algo muy diferente.

El bien no es bueno porque nosotros lo hayamos decidido. Es bueno porque participa del orden de verdad y bondad que tiene su fundamento último en Dios.

Dios no es simplemente alguien que obedece una norma moral superior a Él. Tampoco es alguien que inventa arbitrariamente lo bueno y lo malo. La tradición teológica cristiana reconoce en Dios la plenitud misma del Bien.

Santo Tomás de Aquino desarrolla esta doctrina en su pensamiento sobre Dios como bien supremo y fin último de todas las criaturas.

El Catecismo, en el número 1950, explica que la ley moral es obra de la sabiduría divina y que puede definirse como una instrucción paternal de Dios que prescribe al hombre los caminos y las reglas de conducta que conducen a la bienaventuranza.

Esto significa que la moral cristiana no es una colección de prohibiciones destinadas a limitar la felicidad humana.

Es una orientación hacia el bien verdadero.

Dios no prohíbe el mal porque quiera privar al hombre de algo bueno. Lo prohíbe porque el mal destruye al hombre, lo aparta de su verdadera finalidad y lo introduce en una contradicción con el orden para el que ha sido creado.

El pecado promete libertad, pero termina produciendo esclavitud.

Jesucristo lo expresa con claridad:

«Todo el que comete pecado es esclavo del pecado» (Juan 8,34).

En un mundo que ha perdido la referencia al Bien absoluto, existe el peligro de que la moral termine reducida a preferencias personales, convenciones sociales o decisiones individuales.

Lo que importa deja de ser si algo es bueno o malo en sí mismo y pasa a ser si alguien lo considera aceptable.

Pero una sociedad no puede vivir indefinidamente de esa manera sin enfrentarse a contradicciones profundas.

Si todo depende de la percepción individual, ¿con qué autoridad podemos condenar una injusticia cuando quien la comete considera que está actuando correctamente?

Si cada persona define su propio bien, ¿qué ocurre cuando el bien de uno exige la destrucción del bien de otro?

La fe cristiana no responde a estas preguntas apelando a los gustos personales, sino a una verdad objetiva sobre el hombre y su destino.

No somos nosotros quienes creamos el bien. Estamos llamados a reconocerlo, amarlo y practicarlo.

4. Sin la Verdad, el hombre termina viviendo de opiniones

Otra de las consecuencias de imaginar un mundo sin Dios es la pérdida de una referencia definitiva para comprender la verdad.

La sociedad contemporánea dispone de una cantidad extraordinaria de información. Nunca había sido tan sencillo acceder a conocimientos, investigaciones, documentos y opiniones.

Sin embargo, disponer de información no significa necesariamente vivir en la verdad.

La verdad puede resultar incómoda. Puede cuestionar nuestras decisiones, denunciar nuestros errores y exigirnos cambiar de vida.

Por eso, en ocasiones, preferimos una opinión que nos tranquilice a una verdad que nos transforme.

El cristianismo no considera que la verdad sea una construcción de la voluntad humana.

La verdad existe independientemente de que la aceptemos o la rechacemos.

Jesucristo no se presentó simplemente como un maestro que transmitía opiniones religiosas. Pronunció una afirmación extraordinaria:

«Yo soy el camino y la verdad y la vida» (Juan 14,6).

No dijo únicamente que conocía la verdad o que enseñaba un camino hacia ella. Se identificó personalmente con la Verdad.

Esta afirmación constituye el centro de la fe cristiana.

La verdad no es una idea abstracta separada de Dios. Tiene su plenitud en Jesucristo, el Verbo eterno hecho carne.

Por eso, un mundo que rechaza toda referencia a la verdad trascendente corre el riesgo de convertir la verdad en algo negociable.

Hoy puede considerarse verdadero lo que mañana se considera falso. Las palabras pueden

cambiar de significado. Los hechos pueden interpretarse según intereses particulares. Las convicciones pueden convertirse en productos de consumo.

No debemos confundir esta realidad con la legítima diversidad de opiniones.

Los seres humanos pueden discrepar sobre cuestiones económicas, culturales, científicas o políticas sin que todas las opiniones tengan el mismo valor. Algunas interpretaciones están mejor fundamentadas que otras.

El problema aparece cuando se niega que exista una verdad que pueda juzgar nuestras propias opiniones.

Benedicto XVI reflexionó en numerosas ocasiones sobre el relativismo y sus consecuencias para la cultura contemporánea. Su preocupación no consistía en negar la complejidad de las cuestiones humanas, sino en advertir sobre una mentalidad que termina desconfiando de cualquier verdad objetiva y universal.

Porque cuando la verdad deja de ser una referencia, la opinión más influyente puede terminar ocupando su lugar.

Y cuando la influencia sustituye a la verdad, la persona que controla el relato adquiere una capacidad extraordinaria para orientar lo que otros consideran real.

La verdad, en cambio, libera.

Jesús lo afirma en el Evangelio:

«La verdad os hará libres» (Juan 8,32).

No se trata de una libertad entendida como ausencia de cualquier límite, sino de la liberación de la mentira, del error y de la esclavitud del pecado.

El hombre necesita la verdad porque ha sido creado para vivir en ella, no para fabricar una realidad a la medida de sus deseos.

5. Un mundo sin Dios no necesariamente sería un mundo sin religión: el hombre siempre busca algo que adorar

Existe una paradoja interesante en la historia de la humanidad.

El hombre puede rechazar la existencia de Dios, pero difícilmente consigue vivir sin establecer alguna realidad como centro de su existencia.

Puede convertir el dinero en su finalidad. Puede buscar el poder como objetivo supremo. Puede absolutizar el placer, la ideología, el prestigio, la tecnología o su propia imagen.

No todos estos bienes son malos en sí mismos. El dinero puede servir para ayudar al prójimo, el poder puede ejercerse legítimamente y la tecnología puede contribuir al desarrollo humano.

El problema aparece cuando una realidad limitada ocupa el lugar que solamente corresponde a Dios.

La Escritura presenta esta tentación desde las primeras páginas.

En el relato del Génesis, la serpiente promete a nuestros primeros padres:

«Seréis como Dios, conocedores del bien y del mal» (Génesis 3,5).

El pecado original contiene una pretensión de autonomía: el hombre quiere determinar por sí mismo el bien y el mal, prescindiendo de la relación de obediencia y confianza que lo une a su Creador.

La tentación no consiste simplemente en querer conocer. Consiste en querer ocupar el lugar de Dios.

Esta misma lógica puede reaparecer bajo formas diferentes a lo largo de la historia.

El hombre puede rechazar la adoración a Dios y terminar adorando sus propias creaciones.

San Agustín, en sus *Confesiones*, expresó una de las intuiciones espirituales más profundas de la tradición cristiana:

«Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».

Esta célebre afirmación resume una verdad fundamental: el ser humano posee una orientación hacia Dios que ninguna realidad creada puede satisfacer plenamente.

Podemos conseguir reconocimiento y seguir sintiéndonos vacíos. Podemos acumular riquezas y descubrir que no hemos encontrado la felicidad. Podemos alcanzar posiciones de poder y

continuar experimentando miedo, inseguridad y soledad.

No porque esos bienes carezcan de valor, sino porque no pueden ocupar el lugar de nuestro fin último.

El Catecismo, en el número 27, enseña que el deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios.

Un mundo sin Dios, por tanto, no necesariamente sería un mundo sin ídolos.

Podría ser un mundo en el que los ídolos hubieran cambiado de nombre.

6. Sin Dios, ¿de dónde procede la dignidad inviolable del ser humano?

Esta es una de las cuestiones más delicadas y trascendentales.

¿Por qué tiene dignidad una persona?

¿Por qué un anciano que ya no puede producir económicamente conserva el mismo valor humano que cuando trabajaba? ¿Por qué un niño que todavía no puede aportar nada a la sociedad merece protección? ¿Por qué una persona enferma, discapacitada o dependiente debe ser respetada? ¿Por qué un ser humano pobre tiene exactamente la misma dignidad que uno rico?

La respuesta cristiana es profundamente sencilla y, al mismo tiempo, extraordinariamente exigente:

Toda persona humana ha sido creada a imagen y semejanza de Dios.

El Génesis lo expresa así:

«Creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó» (Génesis 1,27).

La dignidad humana no procede de la inteligencia, la productividad, la belleza, la riqueza, la salud, la posición social o la utilidad de una persona.

Procede de lo que la persona es.

Cada ser humano posee una dignidad que no puede perder porque ha sido querido y creado por Dios.

Esta es una de las aportaciones fundamentales de la visión cristiana del hombre.

El Catecismo desarrolla esta enseñanza en los números 1700 y siguientes, al explicar que la dignidad de la persona humana está enraizada en su creación a imagen y semejanza de Dios.

Esto tiene consecuencias concretas para nuestra manera de comprender la vida.

El no nacido no tiene menos dignidad porque todavía no pueda hablar.

El anciano no tiene menos dignidad porque necesite ayuda.

El enfermo no tiene menos dignidad porque su cuerpo se encuentre debilitado.

El pobre no tiene menos dignidad porque carezca de recursos.

El preso no deja de ser una persona humana, aunque deba responder por los delitos que haya cometido.

El enemigo tampoco pierde su condición de ser humano.

La fe católica no sostiene que las sociedades sin religión sean incapaces de defender estos principios. Sería históricamente injusto y filosóficamente simplista afirmar algo semejante.

Muchas personas que no profesan una fe religiosa trabajan sinceramente por la justicia, protegen a los vulnerables y reconocen la dignidad de todos los seres humanos.

La cuestión es otra: ¿cuál es el fundamento último de esa dignidad y por qué debe permanecer inviolable incluso cuando protegerla resulta costoso o impopular?

La concepción cristiana ofrece una respuesta que no depende de las circunstancias.

La dignidad humana no se concede. Se reconoce.

Y aquello que Dios ha querido y creado no puede convertirse en propiedad absoluta de otros hombres.

7. El peligro de una sociedad que convierte al hombre en su propio dios

La modernidad ha traído avances extraordinarios.

La medicina ha permitido tratar enfermedades que durante siglos fueron mortales. La ciencia ha ampliado nuestro conocimiento del universo. La tecnología ha facilitado la comunicación y el acceso a la información. La humanidad ha desarrollado instrumentos jurídicos y sociales para proteger derechos y limitar abusos.

La Iglesia no tiene motivos para despreciar estos progresos.

El cristianismo reconoce el valor de la razón humana, de la investigación científica y del trabajo legítimo del hombre sobre la creación.

El problema no es el progreso.

El problema aparece cuando el progreso se convierte en una especie de salvación terrenal y el hombre empieza a creer que puede resolver todos los problemas prescindiendo de cualquier referencia a su Creador.

La ciencia puede explicar numerosos procesos naturales, pero no responde por sí sola a todas las preguntas sobre el sentido de la existencia.

La medicina puede prolongar la vida, pero no puede convertir la muerte en una realidad inexistente.

La tecnología puede facilitar nuestras relaciones, pero no puede sustituir el amor verdadero.

La economía puede producir riqueza, pero no puede garantizar la justicia moral.

La política puede organizar la convivencia, pero no puede redimir el corazón humano.

Cuando el hombre se considera dueño absoluto de la realidad, aparece una tentación muy antigua: utilizar todo lo que existe como material disponible para satisfacer su voluntad.

Incluso otros seres humanos pueden terminar siendo contemplados desde criterios de utilidad, eficiencia o conveniencia.

La persona deja de ser alguien a quien amar y respetar para convertirse en algo que utilizar.

La enseñanza cristiana se opone radicalmente a esta visión.

El hombre es señor de la creación en un sentido subordinado y responsable, no un propietario absoluto con derecho a destruirla o manipularla arbitrariamente.

El libro del Génesis presenta el mandato de dominar la tierra (Génesis 1,28), pero esta responsabilidad debe comprenderse dentro del conjunto de la creación querida por Dios.

El dominio humano no equivale a una autorización para actuar sin límites.

Por eso, una cultura verdaderamente cristiana no rechaza el progreso, sino que pregunta hacia dónde conduce y al servicio de quién se encuentra.

No todo lo que el hombre puede hacer es necesariamente bueno que lo haga.

Esta distinción resulta especialmente importante en una época de avances científicos y tecnológicos acelerados.

La capacidad técnica necesita una orientación moral.

Sin ella, el progreso puede convertirse en una acumulación de poder sin una comprensión suficiente de sus responsabilidades.

8. Cuando la libertad se separa de la verdad

Una de las grandes confusiones de nuestro tiempo consiste en identificar la libertad con la posibilidad de hacer cualquier cosa.

Desde esa perspectiva, cualquier límite parece una amenaza y cualquier referencia moral superior parece una imposición.

Sin embargo, la tradición católica entiende la libertad de una manera mucho más profunda.

La libertad no es simplemente poder elegir. Es la capacidad de elegir el bien.

Una persona que puede escoger entre hacer el bien y cometer una injusticia posee libertad. Pero cuando se entrega repetidamente al mal, su libertad no se perfecciona: se debilita.

Pensemos en una persona dominada por una adicción. Puede experimentar su conducta como una elección personal, pero esa dependencia reduce progresivamente su capacidad de actuar con verdadera libertad.

Lo mismo sucede con otras formas de esclavitud moral.

El pecado promete autonomía, pero termina creando dependencias.

San Pablo lo expresa con claridad:

«Todo me es lícito, pero no todo me conviene» (1 Corintios 6,12).

La libertad necesita discernimiento.

El Catecismo, en el número 1733, enseña que cuanto más se hace el bien, más libre se llega a ser. La verdadera libertad alcanza su perfección cuando está ordenada a Dios, Bien supremo y bienaventuranza del hombre.

Por tanto, la moral cristiana no es enemiga de la libertad.

Es su defensa.

Un mundo que rechaza cualquier referencia al bien objetivo puede terminar confundiendo la libertad con la satisfacción inmediata de los deseos.

Pero no todos los deseos conducen a la felicidad. No todas las decisiones nos hacen mejores. No toda elección es una expresión de auténtica libertad.

La libertad sin verdad puede convertirse en esclavitud disfrazada de autonomía.

9. Un mundo sin Dios también sería un mundo sin esperanza trascendente

Quizá la consecuencia más profunda de una existencia completamente cerrada a Dios sea la pérdida de la esperanza que supera los límites de esta vida.

El cristianismo no considera la muerte como una simple transición biológica sin significado. Tampoco la entiende como el final absoluto de la persona.

La fe católica anuncia la resurrección de los muertos y la vida eterna.

Cristo ha vencido a la muerte.

San Pablo escribe:

«Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe» (1 Corintios 15,14).

La resurrección constituye el centro de la esperanza cristiana.

Gracias a ella, el sufrimiento no tiene la última palabra. La injusticia no tiene la última palabra. La muerte no tiene la última palabra.

Esto no significa que el cristiano deba permanecer indiferente ante el sufrimiento presente esperando simplemente una recompensa futura.

Todo lo contrario.

Precisamente porque cree en la vida eterna, comprende que sus decisiones tienen un valor que supera las circunstancias inmediatas.

La caridad no es inútil aunque no produzca beneficios materiales.

El sacrificio no carece de sentido aunque nadie lo reconozca.

La fidelidad no es una pérdida aunque el mundo premie la traición.

La justicia sigue siendo necesaria aunque el culpable consiga escapar de los tribunales humanos.

Dios conoce aquello que los hombres ignoran. Ve lo que permanece oculto. Conoce las intenciones que nadie puede juzgar completamente.

Y la fe cristiana anuncia que llegará el momento en que cada persona comparecerá ante Él.

El Catecismo, en los números 1021 y 1022, explica la realidad del juicio particular después de la muerte.

Esta enseñanza no pretende alimentar un miedo enfermizo, sino recordar la seriedad de nuestra existencia.

Nuestra vida tiene una finalidad. Nuestros actos importan. El amor que ofrecemos y el mal que cometemos no son realidades indiferentes.

En un mundo que se cierra a la eternidad, existe el peligro de medirlo todo exclusivamente por sus resultados inmediatos.

Pero ¿qué ocurre con quien dedica su vida a cuidar de un familiar enfermo sin recibir reconocimiento? ¿Qué ocurre con quien renuncia a una ventaja injusta para permanecer fiel a su conciencia? ¿Qué ocurre con quien sufre por defender la verdad?

Desde una visión puramente utilitarista, estos sacrificios pueden parecer incomprensibles.

Desde la fe cristiana, poseen un valor que no se agota en esta vida.

La esperanza cristiana no elimina el sufrimiento, pero impide que el sufrimiento sea la explicación definitiva de nuestra existencia.

10. La historia ya ha conocido sociedades que han intentado vivir sin Dios

La pretensión de organizar la existencia humana prescindiendo de Dios no es nueva.

A lo largo de la historia han existido corrientes filosóficas y proyectos políticos que han defendido distintas formas de secularización, materialismo o ateísmo.

Conviene distinguirlos, porque no todas las sociedades secularizadas son iguales ni todos los sistemas políticos no confesionales persiguen los mismos objetivos.

También es necesario evitar una simplificación histórica: no toda sociedad que pierde influencia religiosa se convierte automáticamente en una sociedad totalitaria.

Sin embargo, el siglo XX ofrece ejemplos particularmente dramáticos de lo que sucede cuando una ideología política pretende ocupar el lugar de una autoridad moral superior y someter al ser humano a sus propios objetivos.

Los regímenes totalitarios del nazismo y del comunismo soviético, aunque diferentes en sus fundamentos ideológicos, sus doctrinas y sus formas de organización, mostraron hasta dónde puede llegar el poder político cuando destruye los límites de la dignidad humana y convierte a las personas en instrumentos de un proyecto ideológico.

En ambos casos se produjeron persecuciones, represiones y gravísimas violaciones de los derechos humanos.

No sería correcto atribuir todos esos crímenes exclusivamente al ateísmo, ni afirmar que cualquier persona no creyente comparte las ideas de esos regímenes.

El análisis histórico exige precisión.

Pero sí podemos extraer una enseñanza fundamental: **cuando una ideología, un Estado o un dirigente se atribuyen una autoridad prácticamente ilimitada sobre la persona humana, la dignidad individual queda expuesta a peligros extraordinarios.**

La Iglesia conoce bien esta realidad.

El Concilio Vaticano II, en *Gaudium et spes*, número 36, afirma la legítima autonomía de las realidades terrenas, pero advierte contra una autonomía entendida como independencia de Dios.

La ciencia, la política, la cultura y las instituciones poseen sus propias leyes y métodos, pero eso no significa que estén fuera del orden moral.

El mismo documento, en su número 20, analiza el ateísmo y sus distintas formas, y reconoce que la responsabilidad de su difusión puede estar relacionada, en determinados casos, con la reacción crítica ante el mal ejemplo de los creyentes y las deficiencias de la educación religiosa.

Esta observación resulta especialmente importante.

La Iglesia no puede limitarse a señalar los errores de una sociedad que se aleja de Dios. También debe examinar su propio testimonio.

Si los cristianos hablamos de amor y vivimos con egoísmo, si proclamamos la verdad y practicamos la mentira, si defendemos la dignidad humana y despreciamos al prójimo, estamos ofreciendo una imagen deformada del Evangelio.

No basta con afirmar que Dios es necesario.

Debemos mostrar con nuestra vida que vivir con Dios transforma realmente al hombre.

11. ¿Puede una persona sin fe ser buena?

Esta pregunta merece una respuesta clara, porque de ella depende la seriedad de todo lo que estamos planteando.

Sí. Una persona que no cree en Dios puede realizar acciones buenas, practicar la justicia, sacrificarse por los demás, defender a los débiles y vivir con una gran rectitud moral.

La Iglesia nunca ha enseñado que solamente los creyentes sean capaces de reconocer o practicar el bien.

La razón humana puede conocer muchas verdades morales. La ley natural está inscrita en el corazón del hombre y puede ser reconocida por la inteligencia humana.

San Pablo, en Romanos 2,14-15, explica que los gentiles que no tienen la Ley pueden realizar por naturaleza lo que la Ley prescribe, mostrando que la exigencia moral está escrita en sus corazones.

El Catecismo desarrolla esta doctrina en los números 1954-1960.

Por tanto, no debemos confundir la afirmación de que Dios es el fundamento último del bien con la afirmación de que una persona necesita profesar explícitamente una fe religiosa para realizar acciones buenas.

Son cuestiones diferentes.

Un hombre puede no conocer a Dios y, sin embargo, actuar de acuerdo con su ley moral.

También puede suceder lo contrario: una persona puede proclamarse creyente y vivir de espaldas a los mandamientos de Dios.

La fe cristiana no concede automáticamente la virtud. Exige una conversión permanente.

Entonces, ¿qué diferencia introduce Dios?

Introduce el fundamento último de la realidad moral y su plenitud.

El cristiano no considera que la bondad dependa exclusivamente de una convención humana, sino que reconoce que el bien tiene su origen y perfección en Dios.

Además, conoce por la Revelación una verdad que supera lo que la razón puede alcanzar por sí sola: el hombre está llamado a participar de la vida divina.

No estamos destinados únicamente a ser ciudadanos honrados o personas socialmente respetables.

Estamos llamados a la santidad.

Y esa llamada transforma profundamente la comprensión de nuestra existencia.

12. El mundo sin Dios comienza también en el corazón humano

Sería demasiado sencillo hablar de un mundo sin Dios como si se tratara exclusivamente de un problema político, cultural o institucional.

La ausencia de Dios comienza muchas veces de una forma mucho más discreta.

Comienza cuando dejamos de rezar porque creemos que podemos resolverlo todo por nosotros mismos.

Cuando tomamos decisiones sin preguntarnos si son agradables a Dios.

Cuando elegimos lo conveniente en lugar de lo justo.

Cuando dejamos que el trabajo, el dinero, las preocupaciones o el entretenimiento ocupen todo nuestro tiempo.

Cuando conocemos los mandamientos, pero vivimos como si no tuvieran importancia.

Cuando acudimos a Dios únicamente en momentos de necesidad y lo olvidamos cuando las cosas marchan bien.

Es posible vivir rodeados de símbolos religiosos y tener el corazón prácticamente cerrado a Dios.

También es posible que una sociedad conserve templos, celebraciones y tradiciones mientras pierde progresivamente el sentido sobrenatural de la fe.

La cuestión no consiste solamente en cuántas personas se declaran creyentes, sino en cuánto espacio ocupa realmente Dios en sus decisiones.

Jesucristo pronunció unas palabras que deberían hacernos reflexionar:

«Nadie puede servir a dos señores» (Mateo 6,24).

No podemos colocar a Dios en un rincón de nuestra existencia y esperar que el resto de nuestra vida permanezca completamente independiente de Él.

La fe no es un compartimento separado.

Debe iluminar nuestra manera de trabajar, educar, amar, administrar nuestros bienes, tratar a los demás y afrontar las dificultades.

Un mundo sin Dios no empieza necesariamente con una declaración pública de ateísmo.

Puede empezar con una decisión cotidiana: vivir como si Dios no existiera.

13. ¿Cómo debe responder un católico ante un mundo que quiere prescindir de Dios?

La respuesta cristiana no puede consistir en la desesperación, el desprecio hacia quienes piensan de otra manera ni la nostalgia estéril de un pasado idealizado.

Tampoco debe reducirse a una confrontación permanente con la sociedad.

El católico está llamado a dar testimonio de la verdad con firmeza, pero también con caridad.

Cristo no nos envió a odiar al mundo, sino a anunciar el Evangelio y a ser luz en medio de él.

«Vosotros sois la luz del mundo» (Mateo 5,14).

Esta responsabilidad comienza en nuestra propia vida.

Recuperar la oración

No podemos transmitir una fe que nosotros mismos no cultivamos.

La oración nos recuerda que no somos el centro del universo y que necesitamos a Dios.

La oración diaria, el rezo del santo Rosario, la lectura de la Sagrada Escritura y la participación consciente en la Santa Misa permiten mantener viva nuestra relación con Él.

No se trata de acumular prácticas religiosas de manera mecánica, sino de aprender a vivir en presencia de Dios.

Educar a nuestros hijos en la verdad

Los niños necesitan algo más que información, entretenimiento y preparación profesional.

Necesitan aprender que la vida tiene un sentido, que existen obligaciones morales, que el bien exige sacrificio y que no todo lo que se desea debe hacerse.

La familia cristiana tiene una responsabilidad insustituible en esta formación.

Enseñar a los hijos a rezar, explicarles los mandamientos, hablarles de Jesucristo, transmitirles la historia de la Iglesia y enseñarles a distinguir entre el bien y el mal son tareas fundamentales.

No debemos delegar completamente esta responsabilidad en la escuela, las instituciones o los medios de comunicación.

Defender la verdad con caridad

La verdad cristiana no necesita de la mentira, la manipulación o el insulto para ser anunciada.

Debemos aprender a argumentar, estudiar, escuchar y responder con serenidad.

La firmeza doctrinal no está reñida con la caridad.

Al contrario, la caridad auténtica no puede separarse de la verdad.

San Pablo enseña que debemos vivir «la verdad en el amor» (Efesios 4,15).

Esta es una orientación fundamental para los católicos que participan en los debates culturales y sociales de nuestro tiempo.

Practicar las obras de misericordia

Un mundo sin Dios puede hablar mucho de valores, pero el cristiano está llamado a convertir la caridad en una realidad concreta.

Visitar al enfermo, ayudar al necesitado, acompañar al anciano, alimentar al hambriento, consolar al que sufre y perdonar al que nos ha ofendido son formas reales de mostrar el amor de Dios.

La fe no puede quedarse en palabras.

Santiago escribe:

«La fe, si no tiene obras, está muerta por dentro» (Santiago 2,17).

Nuestra manera de tratar al prójimo debe demostrar que Dios no es una idea abstracta, sino una presencia que transforma la vida.

No tener miedo de ser diferentes

El cristiano no está llamado a adaptarse automáticamente a todas las corrientes culturales.

Hay momentos en los que seguir a Cristo exige ir contra la opinión dominante.

La fidelidad puede tener un precio.

Puede exigir renunciar a una ventaja, soportar una incomprensión o defender una convicción que otros consideran anticuada.

Pero la conciencia cristiana no puede cambiar la verdad para conseguir aceptación.

La fidelidad a Dios vale más que el aplauso del mundo.

14. La Iglesia no anuncia simplemente un mundo mejor: anuncia a Jesucristo

Existe una tentación dentro del propio cristianismo que conviene evitar: reducir la misión de la Iglesia a promover determinados valores humanos.

La solidaridad, la justicia, la fraternidad, la paz y la defensa de los vulnerables son consecuencias importantes del Evangelio.

Pero el cristianismo es mucho más que una propuesta ética.

Si Cristo fuera solamente un maestro de buenos principios, podría ser comparado con otros grandes pensadores de la humanidad.

Pero la Iglesia proclama algo incomparablemente mayor: Jesucristo es el Hijo eterno de Dios hecho hombre, muerto y resucitado para nuestra salvación.

El cristianismo no anuncia únicamente que debemos ser mejores personas.

Anuncia que necesitamos ser salvados.

El pecado no es simplemente una imperfección psicológica o una dificultad de convivencia. Es una ruptura de la relación con Dios.

Y la salvación no consiste exclusivamente en construir una sociedad más justa, aunque la justicia forme parte de la vocación cristiana.

Consiste en la reconciliación del hombre con Dios por medio de Jesucristo.

Por eso, la Iglesia no puede sustituir el anuncio de Cristo por un discurso limitado a los valores que resultan aceptables para cada época.

Si dejamos de hablar de la gracia, del pecado, de la conversión, de la Cruz, de la Resurrección y de la vida eterna, habremos reducido el Evangelio a una propuesta humana.

El prólogo del Evangelio de San Juan comienza con una afirmación que contiene toda la grandeza de la fe cristiana:

«En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1,1).

Y más adelante declara:

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Juan 1,14).

Dios no ha permanecido indiferente ante la humanidad.

Ha entrado en nuestra historia.

Ha asumido nuestra naturaleza.

Ha sufrido y ha muerto por nosotros.

Y ha resucitado.

Por eso, el cristianismo no es una filosofía de la ausencia, sino el anuncio de una Presencia.

No es una ideología construida por hombres que buscan sentido, sino la respuesta de Dios que sale al encuentro del hombre.

15. El verdadero problema de un mundo sin Dios: olvidar para qué hemos sido creados

Después de recorrer estas cuestiones, podemos volver a la pregunta inicial.

¿Cómo sería un mundo sin Dios?

Probablemente seguiría teniendo ciudades, universidades, hospitales, gobiernos, tribunales, familias, científicos, artistas y personas capaces de realizar grandes sacrificios.

No debemos imaginar necesariamente un escenario de caos absoluto.

El hombre conserva su inteligencia, su conciencia moral y su capacidad natural para reconocer muchos bienes incluso cuando no reconoce a su Creador.

Pero sería un mundo que habría cerrado voluntariamente su horizonte a la verdad más profunda de la existencia.

Un mundo que podría construir grandes edificios, pero olvidar para qué vive el hombre.

Que podría multiplicar sus conocimientos, pero no encontrar una respuesta definitiva al sentido de la existencia.

Que podría desarrollar instrumentos de poder extraordinarios, pero necesitaría fundamentar constantemente por qué ese poder debe respetar al ser humano.

Que podría establecer normas, pero seguiría enfrentándose a la cuestión de qué hace que

una norma sea verdaderamente justa.

Que podría hablar de amor, pero habría perdido la plenitud del Amor que procede de Dios.

Que podría prolongar la vida, pero no ofrecer por sus propios medios una respuesta definitiva a la muerte.

Y, sobre todo, sería un mundo en el que el hombre correría el peligro de olvidar que no es Dios.

Esta es la cuestión central.

No se trata de afirmar que los no creyentes sean necesariamente peores personas, ni de negar los bienes que pueden existir en sociedades secularizadas.

Se trata de comprender que el hombre necesita una verdad que no dependa de él, un bien que no pueda modificar a su conveniencia y una esperanza que no termine con los límites de su existencia terrena.

Necesita reconocer que hay Alguien por encima del poderoso, que hay una justicia superior a la voluntad de los gobernantes, que existe una dignidad que ninguna mayoría puede conceder ni retirar y que la verdad no depende de cuántas personas estén dispuestas a aceptarla.

Ese Alguien es Dios.

Y su rostro nos ha sido revelado en Jesucristo.

Conclusión: cuando el hombre expulsa a Dios, no se convierte en Dios; se queda sin reconocer quién es

Un mundo sin Dios puede parecer, a primera vista, un mundo liberado de obligaciones religiosas, de límites morales y de una autoridad trascendente.

Pero la verdadera libertad no consiste en vivir sin ninguna referencia superior.

Consiste en vivir conforme a la verdad de lo que somos.

El hombre no se engrandece cuando se aparta de su Creador. No se vuelve más libre cuando

rechaza el bien. No se hace más poderoso cuando se considera dueño absoluto de la verdad.

Al contrario, cuando olvida a Dios corre el peligro de olvidar también su propia dignidad, sus límites y su destino.

Necesitamos a Dios no porque seamos incapaces de construir hospitales, desarrollar ciencia, aprobar leyes o practicar la solidaridad sin una motivación religiosa explícita.

Lo necesitamos porque ninguna de esas realidades puede ocupar su lugar.

Necesitamos a Dios porque el poderoso debe responder ante alguien. Porque el inocente posee una dignidad que nadie puede arrebatarle. Porque la justicia debe estar por encima de los intereses. Porque la verdad no puede depender de las mayorías. Porque el bien no puede reducirse a una preferencia. Porque el amor encuentra en Dios su plenitud. Y porque la muerte no tiene la última palabra.

Quizá la pregunta más inquietante no sea cómo sería un mundo sin Dios.

Quizá deberíamos preguntarnos cuánto de ese mundo hemos permitido ya entrar en nuestras propias vidas.

¿Cuántas veces decidimos sin contar con Él? ¿Cuántas veces defendemos nuestras opiniones con más pasión que la verdad? ¿Cuántas veces buscamos el reconocimiento de los hombres y olvidamos agradar a Dios? ¿Cuántas veces queremos los beneficios de la fe sin aceptar las exigencias de la conversión?

El mundo no necesita un cristianismo avergonzado de hablar de Dios.

Necesita cristianos que conozcan su fe, que vivan sus mandamientos, que amen la verdad, que practiquen la caridad y que no tengan miedo de anunciar a Jesucristo.

No estamos llamados a ser dueños del mundo, sino testigos de Aquel por quien el mundo existe.

Porque el hombre puede intentar vivir sin Dios, pero nunca podrá dejar de depender de Él.

Puede rechazarlo, olvidarlo o ignorarlo, pero no puede sustituirlo.

Y cuando todas las riquezas hayan desaparecido, cuando el poder haya terminado, cuando las ideologías hayan pasado y cuando los imperios hayan quedado reducidos a polvo,

permanecerá la verdad que atraviesa toda la historia:

Dios es el principio y el fin. El Bien absoluto. La Verdad eterna. El fundamento de toda justicia y la fuente de toda vida.

Y frente a cualquier intento del hombre de ocupar su lugar, seguirá resonando la palabra de Jesucristo:

«Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin» (Apocalipsis 21,6).

Un mundo sin Dios puede seguir existiendo durante un tiempo. Pero un mundo que olvida a Dios termina olvidando la razón más profunda por la que merece la pena vivir.

Porque cuando Dios deja de ser el centro, cualquier otra cosa puede intentar ocupar su trono. Y ninguna criatura, por poderosa que sea, ha nacido para ocupar el lugar de su Creador.